

# Algo sobre: «El espíritu literario y poético en los países vascongados»

por

J. E. IRANZO

Con este mismo título escribió, a principios de siglo, el insigne poeta mejicano Amadeo Nervo, uno de sus tantos Informes (1) que sobre la enseñanza, la cultura y la literatura enviaba a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de Méjico y se iban publicando en un Boletín Oficial.

Dado el fin didáctico y el carácter oficial que tales Informes reunían, parece lógico que correspondieran a tal intención para formar luego un corpus de claros estudios de amplia visión en cada una de las cuestiones tratadas. Sin embargo, el correspondiente a este título no fué así, es decir, se observa en él la falta de una crítica serena y hondo análisis sobre el verdadero espíritu literario y poético vascongado, y en cambio sólo se deduce una inanidad e insignificancia deplorables.

Para dar al lector una idea clara y breve de tal Informe, seguiré a grandes rasgos sus puntos principales, a continuación de cada uno de los cuales iré intercalando el comentario que suscite.

“La circunstancia —comienza diciendo— de que año por año las Legaciones, siguiendo a la corte, se trasladan a San Sebastián, me da ocasión de observar a esta raza montañesa, un poco ruda, demasiado simple, muy mucho mística, que vive en las suaves y aterciopeladas laderas guipuzcoanas y alavesas, y en los bellos recodos de la tierra vizcaína, y en la cual se encuentran tipos de cabal hermosura.

---

(1) En «La lengua y la literatura», 1.ª parte, cap. XXVII, pgs. 219-28. (Es es tomo XXII, de sus «Obras completas») Ed. Bibl. Nueva. Madrid, 1928.



Pero confieso que, por más que he intentado encontrar la vena poética, el instinto literario, la blanda inclinación al ensueño que caracteriza otras regiones de la Península, ello no aparece por ninguna parte de los Pirineos españoles”.

No es ocasión ahora de analizar el estilo y dicción del poeta que aunque nos podría conducir a paradójicas consecuencias, nos alegraría, no obstante, de lo más sustancial del tema...

Al hablar de *observación*, no nos indica si ésta fué profunda o superficial, y aunque él parece indicar lo primero, yo más creo en el segundo factor. Aunque tampoco es muy de extrañar tal superficialidad ya que es muy natural que no pudiese penetrar fácilmente en el espíritu vascongado, cuya lengua, sentimientos, usos y costumbres desconocía totalmente y que, además, poca o lejanísima analogía guardaba con las otras regiones españolas por él observadas.

A poco que hubiera analizado sobre la cultura media del país, se habría encontrado con almas no tan rudas y simples como él creía, sino mucho más complejas de lo que pudo imaginar. Pero, ¿cuál pudo ser el prejuicio que le hacía ver en cualquier otra región de España mucho más cultura y poesía que en Vasconia? ¿Por qué si hasta en los moradores más analfabetos de un rincón andaluz veía más “sed de pensar y de sentir” (2), satisfechas por cantares y cuentos populares de transmisión oral, en cambio aparentaba ignorar, o desconocía, análogas o superiores corrientes del folklore poético y literario vascongado? Pues precisamente por el desconocimiento de la lengua, del pueblo y de su cultura así como de la extremada cordedad del informe de orientación de que se valió. Porque es muy posible que si en las pequeñas estancias en San Sebastián hubiera entrado en contacto con personas que le hubieran abierto a la auténtica cultura del país, o hubiera conocido, por ejemplo, la amplia y paciente labor de un R. M.<sup>a</sup> de Azkue con su “Euskalerriaren yakintza”, es muy posible que sus juicios hubieran sido más suaves y acertados.

Avanzando en su Informe, y ya más sincero con su verdadero pensamiento, cambia el término “observación” por el de “figuración”, y por este nuevo camino llega a decir refiriéndose a los vascos (3):

“Se me figura que estos espíritus son poco ágiles para amar y concebir ciertas formas ondulantes del arte y de la vida. Espíritus cuadrados, rígidos, que no deben desdeñar la matemá-

(2) *Ibidem*, pg. 220.

(3) *Ib.*, pg. 222.



tica y que acaso en la Edad Media habrían proporcionado buena contribución a la Escolástica. Espíritus, sobre todo, con un sedimento natural de ascetismo, que no bastan a destruir la belleza de estos paisajes y el azul moaré de este mar.”

Menos mal que no pasa de ser una *figuración* este último aserto, pero aun así, creo que sus conclusiones *figurativas* son también excesivas. Analizando sólo la terminología conceptual, peligraríamos de quedarnos sin entender casi nada, ¿cómo concebir acaso las “formas ondulantes” o los “espíritus cuadrados”? Quizás a fuerza de una imaginación suprapoética se conciban las significaciones analógicas de tales conceptos, pero al llegar a los juicios el problema se hace más difícil, porque ¿cómo comprender que un espíritu “con un sedimento natural de ascetismo” tienda a destruir la belleza del paisaje o el azul del mar? ¿Es que con un espíritu “cuadrado”, o escolástico, o matemático, no será posible amar o concebir el arte, o la vida?

Bien se ve que estas afirmaciones tan desproporcionadas provienen del desconocimiento completo de cuanto a producciones artísticas —arquitectónicas, esculturales, pictóricas, musicales, literarias, etc.—, existe en Vasconia, y no sólo en cuanto al aspecto puramente esteticista, sino incluso en el anímico y sentimental. Pero como el problema es en sí muy complejo y Amado Nervo lo centraba principalmente en el aspecto lingüístico, literario y poético, acotaremos toda la problemática para esta sola faceta.

Por si fuese poco, al seguir leyéndole nos encontramos con la confesión de que el alcance final de sus “observaciones” y “figuraciones”, se entronca en la “segura” base de un criterio... ajeno. Por eso añade:

“a Unamuno, pedile su opinión sobre el espíritu literario vasco, en días pasados. Y él me respondía:

“La producción literaria en vascuence o euskera, es pobre” y de muy escaso valor, y más pobre la poesía. La imaginación del vasco ha estado durante siglos dormida. Nuestra vitalidad espiritual se ha desplegado en la acción, y si hemos tenido Aquiles —yo creo que sí— la falta de Homeros ha hecho que sean poco conocidos. Es difícil encontrar pueblo más pobre en leyendas, cuentos, fantasías, etc.; su espíritu es pragmático. Sólo desde hace poco, y merced a choque más íntimo y fuerte con la cultura, se nos ha despertado la imaginación, y por cierto creo yo que con una frescura y brío notables.

“Contribuía a esa poquedad la índole de nuestra vieja len-



"gua, pobre de conceptos transcendentales, embarazosa y de pesado manejo, una lengua inepta para expresar debidamente la "complejidad espiritual del alma moderna" (4).

Con esta indicación se hace patente la tónica general de su Informe, que se revela ya como una clara plasmación de las ideas de Unamuno, a quien el poeta profesaba una verdadera y absoluta admiración como "ilustre", "eminentísimo", "maestro", "poeta", "filósofo", etc. (5), pero que en cuanto a la idoneidad con el tema a desarrollar, no era ni con mucho el guía más adecuado que pudo elegir Amado Nervo.

A partir de este momento, ya no tiene inconveniente en trasladar la paternidad de las ideas expuestas a su admirado maestro Unamuno retrayéndose en su labor a un mero comentario y asentimiento de cuanto éste le va indicando. Y como las ideas de Unamuno respecto al vascuence y a la literatura vasca eran extraordinariamente parciales y arbitrarias, tal viene a ser la resultante general del Informe.

Este párrafo citado de Unamuno, bien centra sobre sí todos los comentarios que se hagan, pero quiero posponerlo para que en nada pierda claridad, valor e interés el trabajo de Nervo, que al comentar él mismo ese párrafo unamuniano, nos dice entre otras cosas menos interesantes que anego entre puntos suspensivos (6):

"Yo creo, en efecto, que de aquí proviene la sequedad de espíritu de la raza.

Cuando un pueblo no tiene una lengua vasta, rica, eufónica, clara y difundida, debe arrojarla como un harapo inútil y buscar otra en que pueda vaciar su mentalidad.

... ..

Pero el vasco pretendió encerrarse en su lengua (que como dice muy bien Unamuno, ya no es más que una curiosidad filológica) como en una torre. En ella quiso confinar su vida y su pensamiento, de suerte que los achicó y empequeñeció sin ver que aquellos de sus más grandes hombres, los que habían llegado a imprimir su sello en toda el alma peninsular, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, el Canciller Pedro López

(4) *Ib.*, pg. 223.

(5) Así se expresó ya en otros Informes, como: «El florecimiento de la poesía en Italia, Portugal y España», cap. I; «El movimiento intelectual en Madrid», cap. VI; «El castellano en América», cap. XVI; «Los jóvenes escritores españoles», cap. XXIV, etc.

(6) *Op. cit.* pg. 223-24.



de Ayala, etc., empezaron por vaciar su pensamiento, su espíritu, en el molde castellano, y con guión castellano de caridad, de ciencia o de conquistista, impusieron al mundo su obra.

... ..

En mi concepto, no hay síntoma peor de la decadencia de un país que el apego orgulloso a su dialecto y el desdén por el idioma dominador. El afán de valerse exclusivamente de ese dialecto o lengua imperfecta para pensar, mostrando así que no se necesita más amplitud de léxico, acaba por achicar el pensamiento.”

Sigue viéndose en estas afirmaciones el desenfoque del problema en toda su amplitud y la visión, que por lo breve y sencilla es incapaz de resolver con criterio equitativo las cuestiones planteadas; hay como una involucreción de causas, de efectos y de circunstancias. Sigamos pues, analizando sus últimas afirmaciones párrafo por párrafo.

Decir que la sequedad de espíritu de la raza vasca provenga de la sequedad del idioma, es una afirmación gratuita, insensata e insostenible, ya que no fundamentó primero —ni podía tampoco— la tal sequedad de raza, ni de espíritu, ni de idioma, y establecer después la relación de causa a efecto entre ellas como sería de esperar. De todos modos, vamos a darle una respuesta mejor fundamentada, para el caso de que hubiera dado por supuestamente demostradas sus afirmaciones: y es que en un país en que existe el bilingüismo vasco-castellano, el espíritu plasmado en las obras literarias escritas en castellano tenía que representar una diferencia positiva a todas luces evidente; sin embargo esa diferencia, si existió, nunca se hizo patente.

Lo que a Nervo le ocurrió —ya he indicado antes—, es que el contacto que con el pueblo vascongado tuvo fué muy superficial a pesar de sus veraniegas estancias en San Sebastián, y sin entender ni conocer a un pueblo, mal se puede teorizar sobre él, y por mucho que se seleccione la persona que nos pueda explicar el estado de la cuestión, difícil es no dar con un euskeráfobo o un euskeráfilo, y el poeta, al seguir a Unamuno —al Unamuno de la segunda época—, se lanzó por el primer camino. Pero si Nervo no hubiera desconocido la cultura de este país que se expresaba en vascuence y en castellano indistinta y simultáneamente, lo mismo que su literatura, escrita igualmente en uno u otro idioma, sabría que desde los tiempos antiguos del castellano, éste tenía en Vasconia un carácter oficial en la redacción de leyes y en la documentación social, y que incluso tenían por orgullo los escribanos vascongados el saber



leer y escribir perfectamente el castellano (cosa que en muchas villas castellanas muchos de los escribanos lo eran sólo nominalmente), y si tal afán de encerrarse en la lengua vernácula hubiera sido cierto tales escribanos y juristas hubieran escrito en vascuence a partir del siglo XVI, que es cuando la lengua vasca se hace escrita al adoptar los grafismos latinos. De aquí se deduce cómo el vasco ni pretendió—ni pretende—encerrarse en su lengua, sino que cultivó el bilingüismo indistintamente, dando los frutos literarios más hondos conforme al modo de pensar de cada literato en su lengua madre (según el punto geográfico de Vasconia en que naciera), pero eso no equivale a ninguna predilección determinada, como tampoco un caso aislado en el mundo; Italia y Alemania, por citar un ejemplo, aun hoy en día mantienen ese dualismo entre el idioma o dialecto local y el idioma oficial nacional, existiendo entre unos y otros—sin antagonismos—distancias lingüísticas a veces tan grandes como entre el vasco y el castellano.

De toda la cita anterior, ya no nos queda nada por comentar si exceptuamos la frase de que “Cuando un pueblo no tiene una lengua vasta, rica, eufónica, clara y difundida, debe arrojarla como un harapo inútil y buscar otra en que pueda vaciar su mentalidad.” Tal frase, en sí, creo que encierra un sofisma y una inconsecuencia: el que un pueblo tenga “una lengua vasta, rica, eufónica, clara y difundida” no equivale a que por eso vaya a gozar de un contenido espiritual y artístico inigualable; lo mismo que tampoco resulta cosa fácil el que si un pueblo o un hombre no encuentra suficiente terminología en que expresar unas ideas que intuye o presiente, lance por la borda su idioma y se busque otro más vasto, rico, eufónico, claro y difundido en que poder plasmar esas ideas. Por ejemplo, si él mismo cuando añora el no tener palabras para expresar los poemas que le bullen en la conciencia, hubiera abandonado el castellano para tratar de darles forma en francés o eufonía en italiano, ¿hubiera llegado muy lejos en su intento? Todos creemos que no. En cuanto a que la lengua sea muy difundida, tampoco creo que tiene nada que ver en el valor intrínseco de la obra, o sea que, aunque sus “Poemas”, “Perlas negras” o “Serenidad” hubiesen aparecido vertidos en el molde de otro idioma (lo mismo que si el “Del sentimiento trágico” unamuniano hubiera tenido el vascuence como idioma original), su propio interés y su valor estético, poético y filosófico hubiera sido igual y su fama hubiera recorrido igualmente el mundo, vertidos una y otra vez a unos y otros idiomas, pero sin perder nunca ni en un ápice el valor de su contenido esencial. Unamuno mismo solía decir siempre que la mejor poesía es la que al verse en otro idioma no pierde nada de su maravilloso universalismo espi-



ritual (7). Y el ejemplo lo tenemos hoy palpablemente en la obra de Rabindranath Tagore cuyos poemas nos llegan a través de traducción de traducciones y sin embargo no pierden valor, sacándose en ellos además la consecuencia de que el valor poético o literario de una obra no depende tanto del idioma más o menos *vasto, rico, eufónico, claro o difundido*, como del contenido intrínseco de alto valor universal plasmado en ella; y también, que con las palabras más sencillas pueden crearse los pensamientos más sublimes—poéticos o literarios—, y viceversa, “con un máximo de rima, darse un mínimo de poesía” (8).

Además, debiera de haber tenido en cuenta que raro es el idioma de un pueblo—más o menos culto—, que no sea suficiente instrumento como para expresar los pensamientos—realistas o fantásticos—de un alma normal, y si el aspecto del posible problema lo trasladamos a la terminología epistemológica con que se ha de enfrentar el hombre científico moderno, no es menos cierto que tales vocablos gozan de un cierto universalismo y semejanza en cualquier idioma que consideremos (así, por ejemplo, se ve que son muchas las palabras científicas de origen latino o griego incorporados modernamente a muchos idiomas, algunos de los cuales pertenecen a distintos troncos lingüísticos, como el sajón, sin que ello redunde en demérito o se pueda considerar como de estrechez conceptual de ellos).

Y si Amado Nervo, apoyándose en Unamuno, llegó a afirmar que el vascuence ya no es más que una curiosidad filológica, permítaseme a mí también apoyarme en la palabra de quien por influencia asimismo de Unamuno proyectó, desde Castilla hacia Vasconia, la potencia de su formación filológica, estudiando con atención y rigor científico la estructura, valor y alcance del vascuence: don Antonio Tovar. A lo largo de su documentado libro “La lengua vasca” (9), dice entre otras cosas:

“El hecho de la conservación del vascuence es, sin duda ninguna, uno de los fenómenos históricos más extraordinarios. Es el único caso en Europa de supervivencia de una lengua indígena que ha resistido durante varios milenios invasiones e

---

(7) «El zorrillismo estético», en «De esto y aquello». Tomo I, pg. 82. Ed. Sudamericana, 1950, Buenos Aires.

(8) Unamuno: «Recuerdos de niñez y mocedad», pg. 95. Col. Austral., 323.

(9) A. Tovar: «La lengua vasca», pg. 9; Bibl. Vasc. de A. del País, 1950.



influencias y que aunque se ha dejado penetrar de infinidad de elementos extraños (y no sólo en el léxico, sino en la misma sintaxis y en la morfología) ha mantenido su personalidad originaria.”

Más adelante añade (10): “Si consideramos la lengua en su historia, la comparación con los textos del siglo XVI nos enseña que la velocidad de evolución es muy lenta.”

Y, finalmente, concluye: “Esa, ya desde la remota antigüedad, asombrosa conservación del vasco hace desear que reliquia tan preciosa de las antigüedades de nuestra Península no se pierda, y que a pesar de la vida moderna, y sin intentar hacer del vasco una jerga neologista apta para lo que es ajeno a su genio, las madres vascas sigan enseñando a sus hijos la lengua milenaria, y en las montañas siga resonando por los caseríos el misterioso idioma que nos introduce directamente en la prehistoria de España y de todo Occidente.” (11)

Me ha movido el captar aquí estas citas mi afán de caminar en el problema por un justo medio, huyendo de opiniones parcialistas, y aun así los juicios no pueden ser más opuestos. Vemos aquí la pervivencia de una lengua que apenas si evoluciona aunque se deje ampliar por elementos nuevos, y que las distintas culturas y lenguas que junto a ella han pasado no han sido capaces de destruir. Viendo así las cosas se hubiera podido preguntar a Nervo si creía en el triunfo total del castellano frente al vascuence, como medio de cultura e instrumento en que verter ampliamente todo el pensamiento, o más bien que el mismo castellano pudiera sucumbir ante una evolución inexplicable y caprichosa de sí mismo antes del triunfo final. No le era totalmente ajeno este problema cuando ya en otro Informe (12) decía:

“¡Cómo deseáramos creer que también en nuestro joven continente la lengua castellana *seguirá siendo la dominadora!* Desgraciadamente, influencias enormes pesan sobre ella; su unidad es muy difícil, dada la inmensa extensión de nuestras comarcas y las débiles comunicaciones que éstas mantienen entre sí, y otra profecía desconsoladora que el ilustre Cuervo estampa en su gramática nos dice que es inminente un desmoronamiento del castellano en dialectos diversos. ¿De hecho no es ya un dialecto

(10) *Ib.*, pg. 20.

(11) *Ib.*, pg. 80.

(12) Cap. II: «El catalán y la supremacía del castellano», pg. 27.



lo que se habla en la Argentina? ¿Y no va para tal la lengua española que se habla en Chile? Dos corrientes formidables, la sajona y la indígena, aportan de continuo vocablos que dan al traste con la elegante pureza del viejo idioma.”

De la lectura de estos Informes, se deduce que Amado Nervo no llegó a las conclusiones que hemos visto de supervaloración del castellano frente a cualquier otro idioma o dialecto peninsular o sudamericano por la influencia externa que sobre él se hubiera ejercido, sino por un magnífico y entusiasta convencimiento de que el “castellano-rey parece excitar a los cerebros a una mayor actividad lírica y a una mayor producción literaria, fuera ya de los grilletes vernáculos”.

En esta ocasión ya hemos visto cómo el paralelismo de pensamiento con Unamuno hace que se convierta en comentador de las ideas de éste, y al mismo tiempo se hace necesario que demos—un poco brevemente—una visión de la germinación, crecimiento, evolución y postura general de Unamuno frente al vascuence.

Ante todo, nos hallamos con que el medio ambiente en que Unamuno nació y se crió era de ausencia del vascuence.

“Pues el vascuence—nos dice él mismo (13)—, como otro idioma cualquiera, lo sabe el que lo sepa por haberlo aprendido, sea en la cuna, sea después en una cualquiera edad. (Esto, que no es más que una perogrullada, lo digo enderezándolo a algún paisano mío, que por no haber sido el vascuence la lengua que aprendí en la cuna, se figura que no le podido aprenderlo, como en efecto lo aprendí, siendo ya bastante mayor...)”

Tanto los estudios primarios como los secundarios fueron siempre en castellano; por lo que su formación literaria, cultural y social no tuvo interferencias de bilingüismo, ya que a lo sumo se podría señalar la predisposición al vascuence que le provocara el dialecto bilbaíno —hoy ya casi desaparecido— y que estaba compuesto de una mezcla de términos vascos castellanizados o castellanos vasquizados, con voces onomatopéyicas, etc. (14).

Hacia finales del bachillerato es cuando se enfrenta con el vascuence:

“A la vez—dice—que apacentaba mi alma con todas aquellas

(13) «Prosa aceitada» en «Contra esto y aquello», pg. 149, Austral-233.

(14) Arriaga, E. de: «Lexicón bilbaíno», pg. 19 y sig.; Bilbao, 1896.



leyendas—forjadas artificialmente la mayoría—y todas aquellas fantasmagorías del remoto pasado de mi pueblo, estudiaba con ahínco el vascuence, en libros ante todo, y buscando luego toda ocasión de oírlo hablar y aun hablarlo. Y entonces empecé a componer un diccionario vasco-castellano en el que me proponía agotar toda la materia. Y para mayor esfuerzo lo hacía etimológico. Y aún guardo la enorme suma de materiales recogidos en bastantes años, a partir del último de mi bachillerato.

Cuando llegué a Madrid, a estudiar carrera, una de mis ambiciones, que comuniqué a mi condiscípulo y querido amigo Práxedes Diego Altuna, era escribir una historia del pueblo vasco en dieciséis o veinte tomos en folio. Decidimos hacerlo entre los dos.” (15)

No obstante haberse doctorado en su carrera de Filosofía y Letras con un tema de vascuence (de historia del problema del origen del euskera), su dominio no es absoluto, ya que en algún escrito suyo en vascuence, en “¡Agur, Arbola bedeinkatube!” (16) por ejemplo, se notan incorrecciones, y lo mismo en versos, pero como él mismo le dice a Nervo en el Informe que comentamos:

“Hace años ya, siendo mozo, intenté escribir poesías en vascuence y hasta hice alguna—jamás publicada—; pero aparte de que yo pienso en castellano, se me resistía la lengua.” (17)

También tuvo que influir en contra de la perseverancia de su estudio y cultivo el no haber podido lograr la cátedra de vascuence que, sostenida por la Diputación, se creó en el Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao, y que fué ganada por don Resurrección María de Azkue.

Señalemos asimismo el afán de una mayor difusión en sus escritos, que al estar en castellano siempre serían leídos por mucha más gente. Causa esta que no se debe olvidar y que Mr. Pierre Lafitte señala acertadamente al indicarlo así (18):

“Mais pourquoi nos penseurs n'écrivent-ils pas en basque? C'est qu'en réalité ils n'écrivent pas pour les Basques. Le Pays

(15) «Recuerdos de niñez y mocedad», pg. 149.

(16) En la rev. «Guernica», n.º 11, pg. 13; 1950.

(17) Pg. 227.

(18) Conferencia: «Le Basque et la littérature d'expression basque en Labourd, Basse-Navarre et Soule», pg. 20; Ed. Le Livre. Bayonne, 1941.



basque est trop petit et trop pauvre pour donner beaucoup de loisirs à ses habitants. Faute de loisirs, point de lecteurs; et sans lecteurs, point d'écrivains. Une fois de plus se vérifie le dictat, sinon le primat de l'économique."

Hay muchos que aseguran que la causa principal de su alejamiento del vascuence se debe a su cambio de residencia por haber ganado la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca y haber cobrado con ello nuevos horizontes de visión universalista. Tal afirmación ni es desechable ni encierra toda la verosimilitud; más bien creo que su posición respecto al vascuence obedecía a un convencimiento íntimo de que la lengua no era el factor más primordial en la conservación y desarrollo de la cultura y espíritu vascongado. Alguna vez ya me he referido a ello y en otra ocasión trataré de demostrar más ampliamente mis fundamentos. Una prueba de ello fué su discurso de los Juegos Florales de Bilbao de 1901, y su ensayo "La cuestión del vascuence" de 1902. Otra prueba es que, a pesar de su alejamiento de Bilbao, supo mantener continuamente un estrecho contacto con su villa natal y el país vasco en general y que aislado y acrisolado en la meseta castellana supo hacer que la concepción y el espíritu vasco se elevase a rango universalista.

Sin embargo, pasados ya muchos años, en la meditación de su destierro y en el ambiente vasco-francés, volvió a encontrar en el vascuence los mismos valores que cincuenta años antes admiraba sencillamente (19).

Es una pena que por no incidir estas cuestiones más que oblicuamente en el tema principal, no podamos hacer ahora un análisis profundo y sereno de esta posición unamuniana. Pero nos hemos alejado ya bastante del tema y forzoso es volver de nuevo a él.

Vimos que el título propuesto versaba sobre el espíritu literario y poético en los países vascongados y hasta ahora todo su desarrollo se ha centrado en la exposición de las ideas del autor sobre el castellano y el vascuence, y que, en parte, podría parecer una divagación algo adyacente al tema, pero al fijarnos en esta breve segunda parte parece que tampoco es muy distinto el rumbo por que la encamina. Sería de esperar que nos hallásemos con una serie de fechas, de nombres y de obras literarias marcando los jalones de un desarrollo panorámico en las que se señalasen los puntos culminantes en cada estilo, tendencia, moda, época o siglo, y, sin embargo, nada de eso se ve en el Informe.

---

(19) H. Gavel: «Quelques souvenirs sur Unamuno»; en «Gerniká», n.º 14, pg. 2.



Cuando al principio veía Nervo tanto espíritu literario y poético hasta en los cuentos y cantares andaluces, pensé que también habría reparado en las canciones, cuentos, historias y leyendas que en Vasconia son tan abundantes o más que en otra región española, y, sin embargo, nada menciona, reduciéndose simplemente al aspecto poético, y aun así, sólo en el de expresión en vascuence; dejándose entrever por la superficialidad del análisis la falta de un esfuerzo en el estudio de la cuestión. Y siendo así, ¿no se le podrían reverter las mismas palabras que su admirado maestro Unamuno dijo por entonces? (20):

“Aún no nos conocen aunque en parte nos adivinen. Hablan de nosotros como de gente tan honrada como dura de mollera unos cuantos señoritos que veranean por nuestros puertos o algún intruso de visión estética, que pretenden conocernos en una excursión de ocho días. Y de malicia, de hostilidad. Y de ignorancia.”

Posiblemente, sí. Además, si como él mismo asegura en otro Informe (21) el idioma no es el factor más importante del espíritu de un pueblo, ¿por qué analizar el espíritu literario y poético del pueblo vascongado por su producción en vascuence exclusivamente? Eso equivale a supervalorar unas diferencias que en realidad no existen más que en el uso sencillo de un bilingüismo natural, y que, como él mismo parece entrever al final del Informe, lo mismo se puede dejar impreso un espíritu profundamente vasco sin haber escrito nada en vascuence (ejemplo, don Antonio Trueba), o incluso que aun usando dos idiomas, sea el castellano con el que más impecederas obras alcance (ejemplo, el mismo Unamuno).

También en esta segunda parte queda la impresión del poco dominio del tema que tantas veces aborda (22):

“Porque el vasco está descompuesto en yo no sé cuántas formas dialectales, no sólo de una frontera a otra, sino dentro de las fronteraz mismas.

Hay vasco-franceses un poquito distantes del Bidasoa, que con dificultad podrían cambiar algunas palabras con un guipuzcoano o un vizcaíno.”

(20) «¡Abajo la coitadez!» en «De esto y aquello», pg. 447.

(21) Cép. II. «El catalán y la supremacía del castellano».

(22) Pg. 226.



Finalmente viene a confesar que su conocimiento de la cuestión, aparte de los datos que Unamuno le ha dado, son los que ha podido deducir del hojear de "El Cancionero Vasco" de Manterola, y en el cual, ve algo de su agrado en J. B. Elizamburu, Iztueta, Felipe Arrese, Bizcarrondo (Bilinch), Iturriaga, Eusebio María D. Azcue, y algún otro. No será muy rica la impresión que los lectores del Informe saquen del espíritu literario y poético vascongado si no les alcanza ninguna otra fuente de información; pero sigamos. El espíritu que de esta poesía vascongada pudo él obtener no lo sabemos porque no nos lo indica, pero acaso no andaría lejos de ser parecido al de Unamuno, ya que así lo cita a cambio (23):

La poesía vascongada es nítida, encogida, demasiado *terre à terre* y con instintos didácticos. La fábula predomina y se busca en ella la moraleja, la intención didáctica. Cae en sermón fácilmente; todo eso del arte por el arte nos repugna; el esteticismo no entra aquí. Para los grandes raptos líricos nos ahoga un ambiente moral en que se condena todo lo que es demostración de interioridades."

Menos mal que, más o menos parcial, tienen los lectores del Informe algún dato concreto sobre el espíritu poético vasco, ya que es pena que a pesar de haber leído —como afirma— las traducciones castellanas incluidas al pie de cada original en vascuence de "El Cancionero Vasco" no se hubiese detenido lo suficiente como para extraer en breve sinopsis los aspectos principales de este espíritu poético vascongado sobre el que se propuso disertar.

Y como la peor parte le correspondió al otro aspecto, es decir, al espíritu literario vascongado, que por lo que parece, quedó relegado al título y a la disquisición sobre el idioma en que debiera verse, me ha parecido siempre que este Informe quedaba lastimosamente incompleto. Por eso, y procurando mantener la tónica general del Informe he procurado en esta ocasión añadir esa otra sección, cuyo módulo creo que es clara y escuetamente el pensamiento de Unamuno, añadiendo que corresponde a la misma época en que fué creado el Informe. Aunque es algo escueto lo creo suficiente, sin tener así que multiplicar ideas, frases, y citas lejanas (24):

"Por desgracia, más que por fortuna, en efecto, de la litera-

(23) Pg. 227.

(24) «Otro escritor vasco» en «De esto y aquello», pg. 438-39.



tura vascongada, nunca muy rica, no ha podido decirse hasta hoy en su elogio sino el ser honrada, y esto, tratándose de una literatura, no es ciertamente un gran elogio.

La característica de los literatos vascos hasta no hace mucho era la parquedad imaginativa, el encogimiento y timidez en los temas y en la manera de tratarlos, la falta de brío, de originalidad y de empuje. Señores muy respetables y muy dignos, excelentes hijos, hermanos o padres, y modelos de ciudadanos, se ponían a escribir cosas tan razonables como incoloras o insípidas, en un estilo incoloro e insípido también:

Y casi a continuación añade:

“Conocí y traté, siendo yo un jovencuelo, a Antón el de los Cantares, al excelente Trueba, y declaro que me parece se le tiene en mi país en un olvido que no merece, pero debo también confesar que su literatura doméstica, pacata, encogida y falta de brío, no puede ni debe tomarse por el exponente del espíritu vasco. Aquello es demasiado infantil y demasiado idílico. Los campesinos vascos que nos describe Trueba parecen pastorcitos de Nacimiento de Navidad: todos son inocentes, candorosos y —hay que decirlo— bastante simples. Y así se acreditó para muchos una leyenda que bien miradas las cosas nos perjudica más que nos favorece.

Pero desde hace algunos años pareció despertar el espíritu de nuestro pueblo a una vida más intensa, más robusta y más enérgica y un sentimiento más hondo y más viril del arte. En la pintura ha empezado a dibujarse algo así como una escuela vasca, a cuyo frente figura Zuloaga, y en literatura pasa algo parecido. Baste citar aquí los nombres de Baroja, Bueno, Grandmontagne y Maeztu, por ser los más conocidos, callándome el mío, porque ya hemos convenido en eso de la modestia. Y a ellos empieza a unirse el de José María Salaverría. Y quedan otros de que os hablaré otro día, que si no han sonado más fuera de nuestro país vasco, se debe acaso más que a otra cosa al encogimiento y timidez de los que lo llevan, pues esta es una cualidad muy de mis paisanos.”

Hablando antes de algunos de los móviles que empujaron a Unamuno a adoptar la postura que adoptó respecto al vascuence, hice una mención de la conferencia de Mr. Lafitte, y ahora también quisiera mencionar otra período del mismo trabajo que aunque parezca



una digresión momentánea no será desaprovechable en absoluto (25):

“Serait-ce que notre race est incapable de concevoir du nouveau et manque d'aventuriers de la pensée, alors qu'elle passe pour avoir enfanté tant d'aventuriers de l'action, tels que Elcano ou Saint François-Xavier? N'en croyez rien. Il y aurait même un beau livre à faire sur la contribution des Basques à la philosophie, à la théologie, au droit, aux lettres et aux sciences en France, en Espagne, en Amérique du Sud et même au Japon. Des noms comme ceux de Vitoria, Azpilcueta, Oihenart, Juan de Huarte, Zamacola, Trueba, Campion, Unamuno, Armand David, d'Abbadie, etc., disent assez que notre terre est loin d'être stérile.”

Y si alguien quisiera ampliar siquiera un poco el horizonte de la literatura vascongada y su estilística, creo que le sería muy provechoso leer el estudio “Sur le caractère de la littérature basque” de Wilhelm Giese, aparecido en “Eusko-Jakintza”, vol. III, 1949.

Pero hora es ya de que volvamos al hilo de Amado Nervo. Si Unamuno se calló su propio nombre —dejando no obstante el hueco—, por *modestia convenida*, y nunca por timidez ni encogimiento, nadie más idóneo que el vate mejicano para colocarlo en su lugar y cerrar su Informe con el estudio de esta figura representativa (26):

“En castellano, pues, —dice Nervo— busco yo esta genuina literatura vascongada y la encuentro desde luego en un hombre fuerte, quizá el más fuerte, mentalmente, de la España nueva; en un hombre pletórico de ideas, con un poderoso sabor de originalidad, filósofo, sabio, poeta, de una austeridad, de una aspereza de espíritu *ignacianas*; en un hombre severo como el espíritu ascético de estas montañas, abundante en el pensar y vasto en el decir; ..... ¡Y este hombre es el mismo Miguel de Unamuno!”

Era muy natural esta confesión. No obstante, al final ya del Informe, el poeta se da cuenta de que se escapa de entre su pluma y su pensamiento el acrisolamiento de esas determinaciones concretas sobre el espíritu poético y literario vascongado, y que quizá estuvie-

(25) Lafitte: op. cit., pg. 19.

(26) Op. cit., pag. 228.



ron siempre más intuitivos que meditados, más sentidos que pensados. Y por eso no halla otro final para

“quien quiera estudiar el espíritu literario o poético de los vascos, el alma vasca mostrándose a través de ese amplio cristal de nuestro idioma, que lea, no sólo los *Ejercicios* de San Ignacio, o las obras del canciller Pedro López de Ayala: que lea y medite al hombre extraño y fuerte que se llama Miguel de Unamuno.”

Bilbao, febrero, 1952.

